



RESEÑA

Recibido: 20 de enero de 2020. Aprobado: 21 de febrero de 2020.

DOI: 10.17151/rasv.2020.22.2.14

The ancient mythology of modern science. A mythologist looks (seriously) at popular science writing

Gregory Schrempp

Canada: McGill-Queen's University Press

2012

JUAN CAMILO PERDOMO-MARÍN

Antropólogo, Universidad de Caldas.

✉ juancaperdo@hotmail.com

ORCID: 0000-0003-2714-455X

📖 Google Scholar

La antropología posee una relación compleja con la ciencia moderna. Por un lado, esta disciplina inscribe su labor investigativa dentro de una apuesta científica que vigila y construye criterios de validez, rigurosidad y generalidad para comprender objetivamente la realidad social. Por el otro, la antropología no solo estudia de forma científica las múltiples posibilidades de existencia de los seres humanos, sino que a su vez evalúa críticamente las disputas, los legados y los límites lógicos por medio de los cuales la ciencia moderna piensa, representa e interroga el mundo.

Al ampliar el extrañamiento antropológico ante la ciencia, Gregory Schrempp (2012) argumenta en *The ancient mythology of modern science* que las imágenes míticas le dan sostén a la escritura científica para camuflar su alto grado de especulación al momento de explicar la posición del ser humano en el cosmos. Debo señalar que fui escéptico en mi primer acercamiento a estas ideas, pero luego de finalizar su lectura pude comenzar a dimensionar que la ciencia moderna se encuentra inmersa en proyecciones antropomórficas sumamente elaboradas. Por lo tanto, este

Como citar esta reseña:

Perdomo, J.C. (2020). Reseña de *The ancient mythology of modern science. A mythologist looks (seriously) at popular science writing*, de Gregory Schrempp. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*. 22(2), 296-302. DOI:10.17151/rasv.2020.22.2.14



texto me permitió reconocer la importancia y la urgencia de problematizar el sentido común investigativo dentro de la academia.

El libro de Schrempp se caracteriza por una escritura clara, concisa y bien ejemplificada, lo cual es llamativo puesto que los debates que aborda son altamente abstractos en la medida en que consisten en reflexiones meta-teóricas sobre la argumentación científica. A lo largo de seis capítulos se exponen las ideas principales y las implicaciones teóricas de obras paradigmáticas de la ciencia contemporánea escritas por académicos reconocidos, luego se identifican y evalúan críticamente sus estructuras lógicas, para por último resaltar sus bases míticas. A continuación, expondré detalladamente los argumentos centrales de los primeros cuatro capítulos.

El primer capítulo advierte que puede parecer relativista comparar el mito con la ciencia, pero para este antropólogo no es que la ciencia sea una nueva etapa del saber que trasciende al mito, ni que la ciencia sea un nuevo mito, sino que la ciencia moderna a través de sus textos utiliza imágenes míticas para edificar su interpretación del cosmos. De hecho, los académicos que deslegitiman los mitos, por considerarlos proyecciones arrogantes basadas en la ignorancia científica o en la naturalización acrítica de relaciones de poder, identifican que su fuerza histórica surge del poder estético y moral que conjugan, cualidades que para Schrempp son la base misma de la escritura científica más popularizada. De allí que la ciencia moderna use imágenes míticas puesto que realiza lecturas particulares de la estructura del cosmos que se generalizan como base general de los principios políticos y existenciales del ser humano.

El segundo capítulo se centra en *The artful universe*, un libro de John Barrow que explica cómo las constantes físicas, químicas y biológicas de la naturaleza guiarían las posibilidades de existencia de los seres vivos. Bajo dicha perspectiva este cosmólogo se pregunta por el caso del ser humano, para concluir que solo seres de un tamaño específico pueden controlar el fuego, y que su domesticación es la base del cambio en la dieta que conduce a la conciencia, la división del trabajo y, finalmente, a la cultura. La forma humana es por lo tanto producto de la adaptación evolutiva a las constantes de la naturaleza porque seres de otro tamaño no podían domesticar el fuego, de allí que las fuerzas de la naturaleza condicionarían la posibilidad de usar, por ejemplo, libros o llantas, a seres específicamente como nosotros. En síntesis, nuestra vida sería la concatenación de condiciones cósmicas excepcionales en la medida en que la conciencia existiría solo en el umbral humano.

Para Schrempp la falencia de las ideas anteriores es que Barrow confunde lo actual con lo único posible, es decir, no toma en consideración otro tipo de ser que pudiera domesticar el fuego desde otro tipo de cuerpo y tamaño. El problema de ello es que se cae en una circularidad antropomórfica “cuanto más infundamos el concepto de cultura con los detalles específicos y concretos de nuestra propia historia de especies, más nos veremos obligados a concluir que se necesitó un ser como nosotros para lograr la cultura” (p. 53). Se elaboraría la ilusión de que solo nosotros cumpliríamos las condiciones excepcionales que establecimos de antemano viéndonos al espejo, omitiendo otras posibilidades de existencia para la conciencia y la cultura. A razón de lo anterior, la historia humana se entiende como el avance teleológico que tiene como meta nuestro presente. Pero dicha continuidad antes de ser un camino necesario es producto de una falsa retrospectiva que carece de imaginación dado que “Si se acepta la contingencia, no se puede concluir que todo lo posible ha sucedido” (p. 54), sino que también pueden existir caminos históricos alternativos.

La argumentación de Barrow sobre la importancia del fuego para el desarrollo de la humanidad tiene afinidad con múltiples mitos en el mundo, como el de Prometeo. De hecho, su explicación del origen de la libertad como posibilidad humana impulsada por el fuego termina por “literalizar científicamente un símbolo mitopoético evocador” (p. 63). Además, si bien Barrow critica la posición antropocéntrica de múltiples religiones, sus argumentos finalmente postulan que el ser humano es una consecuencia excepcional de la naturaleza. El problema de esta lógica es que la idea de que no hubiese podido existir otro tipo de ser se limita a explorar solamente la variable del tamaño de los cuerpos sin poner en consideración la transformación de otros factores. De este modo se mitifica nuestra identidad como seres humanos, debido a que este razonamiento de antemano condiciona argumentativamente sus resultados para proyectarnos como entidades necesarias en el cosmos, de allí la fuerza poética que sostiene las ideas de Barrow.

En el tercer capítulo se analiza el libro de Stephen Jay Gould titulado *Full House: The spread of excellence from Plato to Darwin*. Este paleontólogo estudia la variación estadística de cuatro casos (las tasas de supervivencia al cáncer, los promedios de bateo en el béisbol, los tamaños orgánicos de foraminíferos planctónicos y la totalidad de la vida en la Tierra) que se pueden representar en una curva de distribución. Para Gould la dificultad de comprender este tipo de contextos se debe a la herencia del platonismo en la ciencia. Debido a este legado, la interpretación de dichas curvas se ha enfocado en sus segmentos

particulares, lo cual omite la importancia de estudiar la totalidad de la variación, perspectiva que denomina *Full House*.

La implicación de ver la totalidad de variación es que la vida dejaría de percibirse como impulsada por un diseño evolutivo teleológico, concepción compartida por el neodarwinismo, y se comienza a entender como producto de accidentes evolutivos. Para sustentar estas ideas, Gould ofrece el ejemplo de un borracho caminando entre un muro a su izquierda y una canaleta a su derecha. En medio de su vaivén, si cae en esta última no podrá salir debido a que quedará atrapado. Lo llamativo es que, aunque el borracho no tenga una ruta definida y su movimiento sea aleatorio, “las distribuciones de los resultados finales estarán sesgados a la derecha: el borracho siempre terminará en la cuneta” (p. 76).

El ejemplo expuesto permite entender los otros casos mencionados, como el de los foraminíferos planctónicos. Si bien múltiples investigaciones sugieren que estos organismos poseen una tendencia evolutiva a crecer de tamaño, esta sería una interpretación errónea pues la curva de distribución se analiza de forma parcial, lo cual sesga e impide reconocer su variación aleatoria. Según Gould, al no ver la totalidad de la curva de distribución, sino solo patrones finales, la amplia cantidad de las *variaciones aleatorias* se superponen y acumulan las unas a las otras en el muro izquierdo de variaciones de un tamaño menor. En cambio, las pequeñas variaciones de un tamaño mayor se empiezan a extender a la derecha de la gráfica generando la ilusión de *direccionalidad evolutiva*.

Ahora bien, el problema lógico de los argumentos de Gould es que no escapan del platonismo. Al analizar la vida como totalidad a través del caso particular de los foraminíferos planctónicos pareciera que estos fuesen una parte enteramente representativa de la heterogeneidad de la naturaleza, pero la legitimidad de dicha analogía nunca se pone a prueba, simplemente se da por sentada. De hecho, aunque este científico resalte la importancia de ver siempre la variación interna en los casos que estudia mediante la lógica de la *Full House*, la vida pareciera ser homogénea porque replica sus estructuras en organismos que le sirven de ejemplo. Es más, su análisis holista de la evolución solo toma de manera reduccionista el tamaño de los seres como criterio analítico.

Los casos que se abordan en el libro de Gould son ejemplos metodológicos para la interpretación estadística que se pueden aplicar a múltiples órdenes, pero finalmente se generalizan a lo universal puesto que se toman como reflejos de la naturaleza que permitirían comprender sus fuerzas evolutivas. En vista de lo anterior, en la obra abordada hay una

operación mítica a razón de que se parte de la correspondencia entre el micro y el macrocosmos, una especie de replicación fractal sumamente común en imágenes antiguas. Vale resaltar que el mayor problema de estas generalizaciones es que los datos que analizan son muy pocos, por lo que se termina realizando “una proyección cósmica especulativa de ese microcosmos” (p. 92).

En síntesis, los patrones evolutivos que identifica Gould implicarían que vida humana es producto del azar, razón por la cual debemos abandonar nuestro antropocentrismo, pero sus argumentos se prestan para reproducirlo, al igual que Barrow, mientras se proyectan preocupaciones morales “del tipo que llevan a los observadores de estrellas en muchas sociedades a superponer las constelaciones que observan con lecciones humanamente potentes” (p. 107). Mediante imágenes míticas, ambos explican de forma atractiva el origen especial del ser humano en el universo con base en patrones del microcosmos, y esta es la característica específica del mito: “saltar de observaciones y hallazgos locales limitados a la sabiduría cósmica” (p. 108).

En el cuarto capítulo, Schrempp advierte que la sociedad y el cuerpo han sido por excelencia imágenes míticas que han servido para ordenar el cosmos al dar cuenta de una totalidad compuesta por partes interrelacionadas. Lo llamativo para dicho antropólogo es que esta proyección continúa en la academia, para la sociología de Emile Durkheim y Marcel Mauss y los estudios cognitivos de George Lakoff y Mark Johnson, en *Metaphors we live by* y *Philosophy in the flesh*, la sociedad y el cuerpo son el origen de las categorías por medio de las cuales ordenamos el mundo.

Desde Aristóteles y pasando por Kant se ha sostenido que las ideas humanas provienen de categorías básicas que posibilitan y limitan el pensamiento. Para los académicos mencionados el origen de estos módulos mentales proviene de la experiencia humana primaria; en el caso de Durkheim y Mauss la sociedad y de Lakoff y Johnson el cuerpo. Por ejemplo, la categoría “Clase” para Durkheim y Mauss se elabora en la interacción grupal mediante la cual se concibe una entidad delimitada con fronteras. En cambio, para Lakoff y Johnson partiría de la experiencia del cuerpo como contenedor. En esta medida ambos se “centran en la congruencia morfológica entre la estructura de la categoría” (p. 133), es decir, en la experiencia formadora de la experiencia del pensamiento.

Un hecho que resalta Schrempp es que las teorías del origen de las categorías poseen la misma fuerza generalizante que las mitologías antiguas para realizar proyecciones cosmológicas. Si bien los académicos

citados no proyectan imágenes antropocéntricas en el cosmos como en una lógica mítica, proyectan a las categorías como posibilidades de todo conocer en todos los humanos más allá del espacio y la historia, lo cual es una operación universalizante. En este sentido, el rol de las categorías termina con “el mismo estado totalizador como una imagen humana que es pintada por mitologías directamente sobre el dosel de los cielos” (p. 124), al ofrecer de forma mítica una explicación del origen de pensamiento. Por consiguiente, la pregunta antropología no es solo “cómo diferentes pueblos imponen sus diferentes categorías en el mundo, deberíamos agregar la pregunta de cómo diferentes teóricos de las categorías imponen sus diferentes mundos en la categoría” (p. 141).

Por ejemplo, Lakoff sostiene que la metáfora de que la familia es la base del mundo político, por lo que diferentes filosofías políticas (conservadoras-liberales) partirían de diferentes imágenes de la familia. Pero de modo crítico, Schrempp afirma que dada la multiplicidad en el uso de las categorías estas pueden abarcar todo tipo de vivencias, motivo por el cual no se puede establecer una experiencia primaria de la formación humana. A razón de lo expuesto, la búsqueda del origen de las categorías sería una proyección de las premisas morales de los investigadores mediante imágenes antropomórficas, de allí que la mayor proyección no sea “la experiencia que proyectamos en todos los demás, sino más bien la experiencia que nosotros proyectamos como la experiencia que proyectamos en todos los demás” (p. 145).

En suma, *The ancient mythology of modern science* expone que los escritores científicos popularizados combinan datos científicos con reflexiones morales e imágenes míticas sintetizadoras (analogías microcosmos/macrocósmos, lecturas morales de la naturaleza, glorificación héroes, entre otras), y en esta medida no son tan diferentes de los filósofos de la antigüedad que realizaron proyecciones antropomórficas en el cosmos. El problema para Schrempp de dicha estrategia argumentativa es que sus autores simplifican y desvirtúan el mito mientras mitologizan las explicaciones que desarrollan. La finalidad de esta operación es obtener mayor fama, dar a conocer sus lecturas políticas y difundir con mayor facilidad el conocimiento académico al utilizar la fuerza emocional y estética del mito que la ciencia no ha podido superar.

Ahora bien, personalmente considero que en vez de desmeritar la labor científica este libro lo que hace es poner en evidencia la importancia de estudiar críticamente la estructura lógica de su escritura y representación. En este sentido, las ideas expuestas conducen a que nos preguntemos por cuáles son los mitos que está construyendo la antropología y

las demás ciencias sociales. Por lo tanto, la obra de Schrempp nos invita indirectamente a ser más vigilantes ante los debates contemporáneos que demandan el abandono de la separación cultura/naturaleza, puesto que confrontar el antropocentrismo no implica necesariamente escapar del antropomorfismo, este se puede escabullir de formas sumamente sofisticadas.

Por último, el extrañamiento antropológico propuesto por Schrempp permite reconocer que el mundo no ha sido desencantado por el racionalismo moderno debido a que la escritura académica reproduce constantemente imágenes míticas. En este sentido, la mitología, la política y la ciencia antes de ser etapas teológicas que se superan parecieran no poder existir las unas sin las otras, de allí que las representaciones del cosmos en el mundo moderno resulten ser igual de complejas, supersticiosas y fascinantes que las del mundo antiguo.

Referencias

Schrempp, G. (2012). *The ancient mythology of modern science. A Mythologist Looks (Seriously) at Popular Science Writing*. Canada: McGill-Queen's University Press.